SANGRE, HUMO Y OSCURIDAD

Allí se encontraba de nuevo. Él siempre de negro, arrastrándose por las calles más malolientes de Brooklyn, reptando entre las sombras sin ser visto, sin dar un sólo paso en falso; destacando en una oscuridad azabache teñida de brumas de hollín sólo dos puntos verde esmeralda atravesados por rayos amarillos que observaban calculadores y fríos, con aquel brillo que caracterizaba al sujeto.

Aquella noche no era distinta, se arrastró por callejones oscuros, tragando humo y esquivando a algún que otro borracho que se le pudiera lanzar encima; siempre observando.

Llegó al sitio idóneo para hacer lo que más le gustaba; porque, aunque sus jefes le reprendían cada vez que aparecía con la boca llena de sangre y los ojos abiertos como platos, ¿qué sería de él sin aquello? Sabía la respuesta, moriría, o al menos eso creía él. Por eso, aunque lo encerraran, encontraba la forma de escapar para volver una vez más a lo que le daba aquella vida desgraciada.

El lugar era un callejón sin salida, con dos contenedores a cada lado y ni una mísera

farola. Ya empezaba a erizársele el cabello debido a la tensión, esperando a su víctima. Esos momentos eran los más excitantes, abrían todos sus sentidos y la adrenalina le incitaba a seguir adelante. Disfrutaba despedazando cuerpos, cortando extremidades, y comiendo ojos y dedos. Tras varios minutos que le resultaron eternos, apareció un pequeño ser dirigiéndose hacia los contenedores, seguramente en busca de comida. Ya lo tenía. Dejó de respirar y cuando el pequeño estuvo a menos de medio metro, saltó con elegancia y determinación sobre él. El ser gritó, intentó escapar y arañarle el rostro en vano. Él le mordió en el cuello, arrancándole la mitad de este; y por fin

murió, pero al asesino no pareció importarle, seguía arrancando y despedazando cruelmente extremidades y comiéndose las poco a poco, disfrutando.

Ya lo había hecho, otra vez, como todas las noches de su vida desde que tenía memoria. Le sobró parte de las costillas y medio pulmón de modo que lo cogió para llevárselo a sus jefes.

Volvió a casa, con la boca, los dientes y las manos llenas de sangre y en los ojos una mirada perdida, pensando; tal vez, en cuánto el dolería aquella noche.

Lucía López Campoy, 2º ESO